

mas bien intencionado y deseoso del provecho de sus hermanos y de la honra y gloria de su Majestad.

CAPITULO XVI.

ACTIVIDAD Y EMPEÑO.

Es evidente que los genios de los hombres son tan diferentes como las caras; y así, unos son activos y otros inertes; unos son diligentes y otros perezosos; unos mas inteligentes é industriosos, y otros ménos capaces y ménos ingeniosos. Pero para el fin de la propagacion de la moral, lo que se quiere es, que los unos aprovechen y empleen sus buenas cualidades y los otros procuren adquirirlas y emplearlas en el mismo objeto. No nos dejemos engañar, mirando con indiferencia lo que suponemos que es de pura devocion ó supererogacion. Jesucristo lo dijo: *El que nõ está conmigo, está contra mí; el que no recoge conmigo, dispersa.* Nadie puede ser indiferente al mal general ó particular, si de algun modo ó con cualquier sacrificio puede cortarlo. Ninguno debe omitir el hacer el bien

en particular ó en comun, si puede hacerlo. ¿Y quién es el que no puede evitar el mal ó hacer el bien de uno ó de muchos prójimos?

La cortedad de nuestro genio, la escasez de nuestro talento, la falta de las palabras, la pobreza de nuestros bienes; lo reducido de nuestras relaciones; nada debe enervar nuestra actividad; nada debe entibiar nuestro celo; nada debe detenernos en la empresa y noble trabajo de propagar la moral católica; no solo en nuestro círculo de parientes, amigos y compañeros, súbditos, conocidos y demás; sino en toda la sociedad, procurando para ello ensanchar y extender cuanto sea posible el radio de nuestras comunicaciones, para que alcance hasta donde pueda ser, a todos nuestros semejantes. El santo orando y haciendo; el sabio escribiendo y enseñando; el sano trabajando y andando; el rico, ayudando y socorriendo; el superior, corrigiendo y ejemplarizando; el pobre cooperando y sirviendo; todos, en fin, haciéndose todo para todos, ¿habrá modo mas eficaz, adecuado y seguro de ganarse cada uno su propia salvacion? ¿Habrá manera mas acertada de reformar y hacer feliz a la sociedad? Dígalo el que lo sepa.

Si un buen cristiano desde que se levanta por la mañana, forma diariamente un firme propósito de que no se le pase el dia sin hacer algo

por la propagacion, ¿cuántas bellas ocasiones se le presentarán? ¿No vemos cómo los protestantes, recientemente introducidos en nuestra desgraciada república, no perdonan medio, ni diligencia, ni gasto, ni trabajo en su proselitismo diabólico, para atraer a los incautos é inadvertidos católicos a las tinieblas de las negaciones de una religion que nada tiene de positivo? ¿No podemos nosotros hacer otro tanto, y más por una causa tan justa, tan santa y tan meritoria? Triste será que nos comprenda aquella terrible verdad del Evangelio, que la experiencia de cada dia nos confirma: *Los hijos de este siglo son siempre mas astutos en sus empresas, que los hijos de la luz en las suyas.*

Los apóstoles, que fueron los primeros cristianos, no emplearon su vida en otra cosa que en fundar el reino de la fe y de la moral. Los mártires convertian con ejemplos y palabras a sus carceleros y verdugos. Los santos obispos y sacerdotes atraían a penitencia y aun a la vida claustral a los ladrones que salian a robarlos a los caminos. Los muchos misioneros de distintos institutos no cesan de trabajar para solo este fin. Los sacerdotes, con las facultades con que los habilita su estado y con las privaciones que les impone, no conocen otro norte en la administracion de los sacramentos y en la predi-

cacion de la divina palabra, en que no deben descansar. Los demás cristianos ¿deberán quedarse mano sobre mano con el vano pretexto de que son legos, ó con la falsa idea de que no les obliga en su clase, en su modo, y respectivamente, el ver por la salvacion de los otros? No. El que conmigo no recoge, esparce, dispersa, daña.

Este empeño del propagador debe ser prudente, bien aconsejado, tranquilo, humilde, modesto y cuanto se quiera; pero no puede dejar de ser activo y constante. De lo contrario no se podrá llamar empeño. El siervo fiel no debe contentarse con ménos que con doblar los talentos que le ha dado su Señor para negociar. Aun *despues que todas estas cosas hayais hecho*, decia el Señor a los apóstoles, *decid: siervos inútiles somos; no hemos hecho lo que debimos.* Un soberano de la tierra pudo decir en una ordenanza militar: *Cualquiera que se contente con solo cumplir su obligacion, no es digno de nuestro real servicio.* ¿Qué no podrá decirnos el Rey de los cielos y de la tierra, cuando nosotros no llegamos ni aun a cumplir los mas obvios y fáciles de nuestros deberes?

¡Ah! Obremos nuestra salvacion, procurando la ajena. Y acaso sea este el medio mas seguro de librar nuestras almas. Se dice comun-

mente que, enseñando se aprende; y se puede asegurar que, procurando el bien ajeno, hacemos el nuestro; corrigiendo a otros, nos corregimos nosotros; santificando a otros, nos santificamos nosotros; salvando a otros, nos salvamos a nosotros mismos.

CAPITULO XVII.

FORTALEZA CRISTIANA.

Entre tantas palabras muy sábias que se encuentran en el Catecismo del padre Ripalda, tan injusta y neciamente censurado por los que no tienen el talento y saber que se necesitan para apreciar su mérito, una es, la explicacion que se hace del oficio que tiene la virtud de la fortaleza. Ella se emplea, segun el venerable catequista, en moderar los miedos y las osadías; esto es, en vencer los unos y evitar las otras; porque ni debemos ser cobardes en nuestras empresas, ni debemos ser temerarios al llevarlas a cabo. Mas en el punto de que se trata parece mas necesario estimular el valor de los tímidos, que contener la imprudencia de los osados.

Es verdad que no faltan personas indiscretas que, por la importunidad de sus consejos, por la amargura de la correccion, por la desaprobacion despreciativa, tal vez exasperan el mal que quieren evitar ó hacen difícil y odioso el bien que quieren promover; pero no es esto tan común como lo es la cobardía con que proceden muchos cristianos, cuya pusilanimidad no les permite manifestar franca, aunque dulcemente su opinion, ni decir con sinceridad y firmeza lo que conviene y es preciso en mil casos de la vida social. Debemos estar ciertos de que la verdad tiene esencialmente cierta amargura que se puede dulcificar, pero que no se puede del todo destruir. Esta es mayor para los paladares delicados y voluptuosos; y cuando no hay otro remedio, nadie debe detenerse en pequeñeces, sino proceder a obras: como cuando un enfermo se halla en peligro de muerte y por no agravar su mal, no se le proponen y ofrecen los sacramentos: habiendo sucedido con muchos, que por el vano temor de que pierdan un dia de la vida temporal, se les ha hecho perder la vida eterna. Esta es la obra de la cobardía y de la prudencia humana y carnal.

El propagador debe proponerse en cualquiera de las obras que practica relativas a su objeto, que si no consigue su fin ó su deseo, nada ha

perdido; y si lo consigue, mucho ha ganado. Así le sucederá, y sucede, que al que da un buen consejo ó hace una invitacion religiosa ó advertencia necesaria y oportuna, se le contesta con una bufonada ó con un insulto ó una bucla. El que tal sufre tiene el doble mérito de la paciencia y de la caridad, porque Dios no dejará sin premio su buena intencion, su diligencia y sacrificio. No se puede negar que lo es, el exponerse sin interes alguno temporal al enojo, al desaire y á la injuria de aquel cuyo bien se va buscando; pero ¿cuándo se enoja el médico por las groserías, resistencias ó denuestos del loco cuya salud procura? El médico sería mas loco que el enfermo.

Muchos celosos sacerdotes y misioneros en los Estados Unidos de América, acostumbran llevar á las aldeas, donde van a administrar los sacramentos ó a decir misa los días festivos, pequeños catecismos que contienen en compendio claro y sencillo, lo que creen y practican los católicos. Con estos catecismos van a la casa ó a las casas de N. y N., y hablando con los cabezas de familias, les proponen si quieren imponerse de aqueños pequeños libros, y en su vista, contestar dentro de cierto tiempo, hasta el domingo, v. g., si quieren sinceramente abrazar el catolicismo. Unos responden con una gro-

sería, una chanza ó una desvergüenza: otros abrazan la religion, porque ven en ella lo positivo, lo consecuente, lo armonioso, lo moral, lo grande. Hé aquí uno de los medios con que se propaga el catolicismo tan rápida y ampliamente en aquellos países.

Las Hermanas de la caridad que reciben en sus hospitales a toda clase de gentes, proponen, especialmente a los moribundos, el abrazar la religion católica; y casi siempre se consigue esa prueba práctica é innegable en favor del catolicismo: que son muchos los protestantes, que en esta hora de verdades abrazan la religion, cuando no se ha visto ni se verá que un católico al morir abraza el protestantismo. ¡Cuánto merecimiento ante Dios, que tanto desea la conversion y desengaño del hombre extraviado!

Es necesario, pues, ser fuertes y animosos; no desmayar por nada; no temer los desaires y mofa de los mundanos. La buena palabra, el consejo saludable, el ejemplo mudo pero persuasivo, quedarán en el corazon del prójimo; y cuando éste ménos lo piense, y cuando el bienhechor ménos lo espere, brotará como una semilla en frutos de vida eterna. Fortaleza para vencer nuestra pusilanimidad; forlaleza para hacer frente á los obstáculos; fortaleza para sufrir la resistencia y las burlas del mundo. Fortaleza para perseve-

rar en el propósito y ejercicio de la propagacion. Y aquel Dios que ha dicho: que su reino padece violencia y que solo los esforzados lo conquistan, nos hará cada dia mas fuertes, mas prudentes, mas constantes, mas felices en la consecucion de nuestros deseos; y sobre todo, mas ricos en merecimientos por los trabajos que hemos tomado valientemente por la salvacion de las almas.

CAPITULO XVIII.

CONSEJO CON EL CENTRO.

La empresa de la propagacion de la moral es de tal naturaleza, que cada uno aisladamente la puede acometer y desempeñar; pero ¿para qué obra buena no se necesita consejo? ¿Quién es el que se basta a sí mismo por sabio y santo que sea? Además, como cada uno debe procurar, no solo moralizar a su prójimo, sino hacer de él otro propagador, sin quererlo, se va formando un cuerpo moral ó sociedad más ó menos numerosa, y con más ó menos rapidez. En estas sociedades naturalmente se va haciendo mas pro-

minente, uno por su saber, otro por su actividad; aquel por su prudencia, éste por su autoridad; y la persona que más cualidades reuna y en más alto grado, puede considerarse como centro del círculo propagador que procura constantemente ensancharse más y más, ó que se formen otros en distintos lugares y poblaciones. Así se han formado todas las asociaciones católicas y aun heréticas. Estos centros no tendrán una autoridad jurídica; pero serán consideradas por los socios sus insinuaciones, sus comisiones y sus llamados.

Es la cosa mas fácil, natural y concebible, que un párroco, por ejemplo, comience su obra por tres ó cuatro buenos feligreses de uno ú otro, ó de ambos sexos que no faltarán en una parroquia por desmoralizada que se suponga. Cada uno de estos individuos será un instrumento adecuado para conseguir lo que de otro modo no se alcanzará en el cumplimiento de una obligacion tan rigurosa siempre, como hoy dificultosa. Esta obligacion pastoral es en los curas, corregir las costumbres y obras malas de las ovejas encargadas á sus cuidados. Pero ¿a qué casa se introdujera hoy un cura con semejante mision que no corriera el riesgo de que lo echaran a palos? Vienen las infelices mujeres á quejarse de la infidelidad, de la sevi-

cia ó del abandono de los maridos; el cura los llama para amonestarlos, y ellos responden con un insulto ó con una grosería. ¿Han de quedar sin remedio tamaños males? No; el cura puede tener entre sus propagadores, un compañero, un camarada, un amo, un pariente de aquel hombre extraviado; y cualquiera de estos podrá hablarle, amonestarlo, atraerlo, convertirlo y hasta hacer su salvacion eterna. Así un pastor que procurara y consiguiera tener cooperadores en todas las clases de la sociedad, podria cumplir con un deber tan delicado y mejorar la moral de su feligresía.

Pues como este cura, que se ha puesto por ejemplo, sin que se diga, que se trata aquí de enseñar a los señores eclesiásticos, puede ser el centro más propio de un círculo tan vasto, como sea su parroquia; con él deberán los feligreses consultar mejor que con nadie, de qué palabras, de qué industrias, de qué medios se deben valer para atraer a su hermano, pariente, amigo, compañero, discípulo ó prójimo, si no fuere más. El párroco ó el que fuere centro, dirá al que consulta: «haga vd. leer a esa persona tal libro; haga vd. porque vaya a oír a tal predicador; trate vd. de conseguir que practique esta ó aquella devocion; sepárelo vd. de tal comunicacion ó amistad; etc., etc.» Para es-

to debe tenerse advertido, lo que todo cristiano sabe muy bien; que no hay pecado en juzgar, hablar, tratar de las faltas de los prójimos con personas piadosas y prudentes, con el santo fin de conseguir su remedio y su correccion por medios caritativos.

Con tal reserva, sagacidad y prudencia, se puede hacer todo esto y mucho más; que no es imposible una numerosa asociacion, cuyos miembros, si fuera necesario, no se conociesen los unos a los otros. Mas esta reserva quédese para los francmasones, cuyas ridículas ceremonias tienen que ponerse a cubierto de la mofa del público, y cuyas miras y empresas infernales, tienen que ocultarse hasta en las sociedades mas corrompidas. Lo que el propagador debe procurar, es, que el chisme, el espionaje, la importunidad, la intolerancia, el escándalo pueril, la locuacidad, la jactancia, el desprecio ó cualquiera otro defecto semejante, no lo haga odioso y le cierre totalmente las puertas a la influencia, a la simpatía, al convencimiento, al atractivo y a los otros medios con que se gana el corazon ajeno. Por esto, al escogerse entre varios individuos, que se propongan ser propagadores, un centro, no se prefiera al más sabio, ni al de mas talento, ni al mas santo, ni al mas activo, ni ménos al mas rico ó poderoso; sino

al mas prudente, al mas advertido, al que conozca mejor el corazon humano, al que tenga mas experiencia y mas mundo.

Al escribir esto, creo y espero, que leyéndolo algunos buenos cristianos, pensarán luego en reunirse con otros y hacerles leer este librito, y formar su asociacion; considerando, que para ello no se necesita más, que el querer, nombrar su centro, darle cuenta sin jactancia de sus trabajos, recibir sus instrucciones, acudir a sus llamados, aumentar el número de los socios y trabajar en la propagacion de la moral católica, poniendo en movimiento todos los medios de que se va a tratar en la segunda parte de esta humilde obrita.

PARTE SEGUNDA

ELEMENTOS Y MEDIOS DE LA PROPAGACION DE LA MORAL CATÓLICA.

CAPITULO I.

ENSEÑANZA DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

El primero, el principal, el mas necesario y el mas eficaz medio de que debe valerse el propagador, es la doctrina. No fué otra la ocupacion de los Apóstoles, ni hicieron milagros a millares por otro fin, que por comprobarla. Ella subyugó dulcemente a los pueblos, doblegó la soberbia de los filósofos, suavizó las costumbres de los bárbaros, fundó la justicia y jurisprudencia de los gobiernos, unió a las naciones enemigas, ilustró las mentes de los hombres, y cambió completa y ventajosamente, la faz de todo el mundo. La redencion misma se hubiera he-